

## PRÓLOGO

Paul Klee, cuyos experimentos radicales con la forma y el diseño consiguen la armonía entre la composición rítmica y el significado expresivo intenso, afirmó, con la misma engañosa simplicidad que caracteriza a sus cuadros, que pintar es “llevarse de paseo a un punto”. Del mismo modo, el libro de África Vidal comienza llevándose de paseo a la palabra y, a lo largo de ese viaje, a través de los mundos de la filosofía, la literatura, la pintura y, por supuesto, la música, dibuja un fascinante retrato de sus complejidades semánticamente diamantinas y fónicamente resonantes. La palabra se torna aquí un punto-objeto por derecho propio, en tanto sus significados y sonidos se amplían deliciosamente a través de múltiples esferas conceptuales y afectivas, incluso dentro de los contornos de una sola lengua. Y es precisamente ahí, claro está, donde radican los retos, y a veces los logros, de la traducción, dado que cuando el traductor saca a pasear a ese punto a través de las lenguas y las culturas lo que surge no es una línea que dibuja una relación fija entre significados desnudos sino más bien una especie de cartografía provisional de esa compleja empresa que es vivir.

Así, en el principio fue la palabra; pero después la traducción se la llevó de paseo.

La traducción entendida en ese sentido de movimiento es el concepto central en torno al cual gira este libro, puesto que la autora traza un sugerente itinerario, muchas veces mediante serendipias (como sucede con los mejores itinerarios), a través de lenguas, culturas y formas. La traducción es aquí una metáfora para, y al mismo tiempo una productora y una instigadora de, la movilidad. Siempre sensible a las tan productivas anomalías que genera la traducción, el libro cruza fronteras conceptuales con aparente facilidad, transformando e interrelacionando en ese viaje ámbitos de pensamiento y de significado conceptualmente aislados, al tiempo que ofrece momentos de au-

téntica iluminación que son el resultado de los descubrimientos de los artistas, vistos como traductores más que como historiadores literarios o teóricos.

Y no es que el libro evite las reflexiones de los teóricos de la traducción sino que plantea desde el principio sus propios puntos de partida teóricos con gran claridad. Pero sus argumentos se tornan mucho más completos y sin duda más fuertes al inspirarse en un creíble conjunto de escritores, músicos y pensadores de diversos ámbitos. Igual que cabe pensar que Dios es demasiado importante para dejárselo al discurso de los teólogos, se siente aquí que la traducción solo recupera totalmente su relevancia cuando se ve a través del prisma de la producción cultural y de las relaciones interculturales, cuando se la arranca de lo que en demasiadas ocasiones son binarismos calcificados y modelos autolimitadores de los estudios de traducción.

Este libro está lleno de esos momentos de interrelaciones creativas, momentos que nos ofrecen la libertad de entender el mundo de otras maneras, en tanto nos invitan a imaginar alternativas en el seno de nuestro momento cultural, pero también en el contexto de la infinita red de conexiones que la traducción abre para nosotros en el tiempo y en el espacio. Entendida así, señala África Vidal, la traducción desafía las nociones más tradicionales que distinguen entre creaciones de primer y segundo orden, en tanto en cuanto sus propios procesos, en su acmé, recurren a los mismos procesos mentales característicos del tipo de creatividad que ofrece variantes infinitamente imaginativas dentro de los contornos y de los límites de un orden dado de las cosas. Entre el poderoso arsenal de herramientas que se ofrecen a la imaginación del traductor en ese sentido, se encuentran la materialidad del espacio y del tiempo. La traducción habita y explora el mismo tipo de relación espacio-tiempo, donde el espacio y el tiempo existen en unión sincrónica, que caracteriza no solo la obra de los artistas posmodernos y experimentales que el libro cita con profusión sino que también es el contexto palpable en el que se produce la transmisión cultural en todo el orbe.

En ese sentido, los contornos de este libro son tan amplios y abarcadores como los del nuevo museo de Malraux, el museo sin paredes, el museo imaginario que nos proporciona tal vez una de las analogías más poderosas para los espacios culturales abiertos y habitados por los traductores. Es esto en lo que el libro se torna: en un espacio multifacético donde pensadores, músicos, escritores y artistas presentan un vasto dominio de conocimiento artístico que no conoce fronteras, un dominio que, como dijo Malraux de su museo, es “la herencia de toda la historia”, una historia que está siempre presente y que es continuamente contingente. Lo que este libro nos presenta es un punto de encuentro en el que el artista contemporáneo se encuentra con el artista

del pasado, sin constricciones de tiempo ni espacio, a través de las acciones recreadoras de la traducción y de los traductores.

“El arte es un antidestino”, dijo Malraux cuando atribuyó al arte la obligación de humanizar, una obligación que no conoce fronteras, ni históricas ni geográficas. El museo sin paredes, tal y como él lo imagina, y según queda ejemplificado por la metodología inclusiva de este libro, es el mundo de lo posible más que el mundo real, donde la obra de arte, como una traducción o una serie de traducciones, pueden no llegar a realizarse pero no por ello es imposible. Esta idea abre las puertas a la interacción virtual con las obras de arte de cualquier época, de modo que la traducción se convierte en aquello que tiene el potencial de cruzar todas las literaturas, sin importar su contexto o marco de referencia, minando durante el proceso cualquier intento de clasificar las obras en función de su ubicación dentro de las culturas nacionales o de los periodos históricos.

De ese modo, la traducción se torna en este libro estética recreadora y al mismo tiempo sistema ético. Para África Vidal, la traducción se ve peligrosamente empobrecida cuando se la considera un mero método instrumental cuyo objetivo es solamente la reproducción de la fijeza semántica en las lenguas, las culturas y las mentalidades acorraladas tras su propia sensación de autosuficiencia. Si lo que preocupa a la traducción es la presentación del otro dislocado en relación con el yo localizado, como por supuesto es el caso, también le concierne, y no en menor medida, evitar que el yo asimile en bloque al otro a sus propias asunciones y visión del mundo. Lo que se propone aquí es la hospitalidad en el sentido de Ricoeur: la entrega del yo a la alteridad que posibilita la recomposición de ese yo mediante el prisma de las interrelaciones con lo diferente y con los encuentros insospechados. En el museo sin paredes es esta apertura a la alteridad lo que yace fuera del ser, que a su vez hace despertar de algún modo el potencial hacia la otredad que permanece alejado en el interior del yo. De ese modo podría decirse que es la traducción quien conduce el proceso creativo.

La música es, en sus diversas formas, el primer impulsor de esta visión de la traducción. Sin duda, toda buena traducción depende de su apertura a la musicalidad y al ritmo. Pero en este caso no se trata tanto del proceso y métodos de la traducción cuanto de la traducción entendida como algo más, como una forma cultural y una manera de pensar que, para decirlo con el poeta inglés William Blake, depura las puertas de la percepción y las abre al infinito. No hay aquí falsas pretensiones; la traducción no es un lenguaje más universal que la música. Ambas crean momentos de contacto y de resurgimiento cultural, pero nadie puede ya seguir respaldando los viejos sueños ilustrados de la comunicación y del entendimiento universales. Sin embargo, lo que la

traducción, como la música, sí nos ofrece a lo largo del análisis contenido en estas páginas es llevar a su lector hasta un espacio más allá.

En la música en directo se da un fenómeno conocido como “armónico”, donde existen octavas por encima del resto de la melodía pero que no son creadas por el ser humano. En la música coral también se lo denomina “nota fantasma”, una nota que se oye mágicamente cuando todas las partes vocales del coro se unen. Es el valor añadido que surge de la perfecta armonía entre ciertas notas y entre las voces humanas. No hay manera de referirse a ese mismo efecto en traducción, cuando el lector lee y reconoce algo emocionante por nuevo pero que al mismo tiempo le resulta familiar. Sucede cuando ese punto del original que sale de paseo se convierte de repente en una imagen sorprendentemente nueva. Sea cual fuere el efecto que crea, sea cual fuere el nombre que le demos, es precisamente esto lo que con brillantez se describe en este libro.

David Johnston  
Belfast, mayo de 2015